



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 2 de noviembre de 1980

1. "Todo el mundo es delante de ti como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia. *Pues Tú amas todo cuanto existe* y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin ti? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas. Porque *en todas las cosas está tu espíritu incorruptible*. Y por eso corriges con blandura a los que caen, y a los que pecan los amonestas, despertando la memoria de su pecado, para que, libres de su maldad, crean, Señor, en ti" (*Sab 11 23-12, 2*).

Hoy la Iglesia celebra la "conmemoración de todos los fieles difuntos". Las palabras arriba citadas del libro de la Sabiduría, tomadas de la primera lectura del domingo trigésimo primero "per annum", pueden ayudar mucho a cada uno de nosotros para vivir este encuentro con la eternidad, que traen consigo los dos primeros días de noviembre.

Que nos acompañen estas palabras durante la visita a los cementerios, cuando nos detengamos junto a las tumbas de nuestros difuntos, cercanos o lejanos, conocidos o desconocidos: "...porque en todas las cosas está tu espíritu incorruptible" (*Sab 12, 1*).

Que estas visitas a los difuntos, estos encuentros con ellos, sean valorizados en nuestros corazones por la esperanza, que "está llena de inmortalidad" (*Sab 3, 4*).

2. Me refiero otra vez al Sínodo de los Obispos que, hace una semana, terminó sus trabajos dedicados a la misión de la familia en el mundo contemporáneo. Porque hoy quiero decir que *la*

familia es un lugar particular del hombre. En este lugar, en esta comunidad, se saluda con alegría su *nacimiento* su venida al mundo, y en este lugar, sobre todo, se siente su desaparición, su *muerte*.

El día de los difuntos es un día particular para las familias. Este día van a los lugares donde descansan los difuntos más cercanos y más queridos: se encuentran, en el silencio, en la oración en la meditación junto a sus tumbas.

Reviven recuerdos alegres y dolorosos: a veces las lágrimas comienzan a correr por el rostro, ¡tan grande es el sentido de la cercanía, a pesar de la muerte, tan grande es la emoción!

Pertenecen a la *familia también* los que han participado, y permanecen, sin embargo, *en los corazones* porque el misterio de la vida y del amor nos ha unido a ellos tan profundamente. Permanecen en la viudez de sus respectivos maridos y mujeres, que continúan en la vida. Permanecen en la orfandad de sus hijos.

3. En este día quisiera recordar a todos los muertos de este año, y en particular a las víctimas de catástrofes naturales y de numerosos, demasiados episodios de violencia, de secuestros, de terrorismo, acaecidos en diversos países del mundo.

Pienso también en los muchos niños inocentes -como los alumnos de la escuela de Ortuella, España-, en tantas personas que, en los lugares de trabajo, por los caminos o en la propia casa, se encontraron arrollados, sin darse cuenta, por actos de destrucción y de muerte, cuya causa frecuentemente ni siquiera conocerían.

Pienso en un pequeño país del mundo, atormentados por una crónica prolongación de violencias y asesinatos, que provocan luto en las familias y en la comunidad eclesial. Quisiera renovar, en nombre también de la piedad por los muertos, una llamada apremiante para que prevalezca en todas las partes responsables el sentimiento de reconciliación dictado por la conciencia cristiana y por el amor a la propia patria.

Quisiera no olvidar a las víctimas de la guerra que, desde hace algunas semanas, arrecia entre Irak e Irán, como choques sangrientos entre los ejércitos y bombardeos de ciudades y poblaciones indefensas; por desgracia, la misma opinión pública del mundo parece habituarse fácilmente incluso al espectáculo de tan terribles destrucciones.

Mientras nuestra oración quiere abrazar también la suerte de estos hermanos nuestros, invoquemos a Dios omnipotente y misericordioso para que haga renacer pensamientos de paz, y en particular despierte el deseo de resolver los contrastes con negociaciones, dentro del respeto a la integridad de los derechos humanos, nacionales y territoriales de los países implicados en el conflicto.

4. El día de la conmemoración de los difuntos, *traspasamos, en cierto sentido, los límites de su ausencia*, cuyo signo es la tumba fría, y nos unimos con ellos en la fe que nos conduce a la Casa del Padre.

Y juntamente con el autor del Libro de la Sabiduría repetimos a ese Padre: "Señor, todo lo puedes... y *amas todo lo que has creado*" (cf. *Sab 11, 23-24*). Amas al hombre al que has creado a tu semejanza y lo has redimido mediante la sangre de tu Hijo. Tú amas al hombre...

Después del Ángelus

Saludo complacido al grupo de padres presentes en la plaza de San Pedro y que han venido de Bérgamo y Verona, a visitar a sus hijos que se preparan para el sacerdocio en el Instituto de los Monfortianos. Me congratulo con vosotros por el don que habéis hecho de vuestros hijos al Señor, confiándolos a la protección materna de la Virgen. Os invito a perseverar en la oración y en el testimonio cristiano ferviente para sostener su vocación. Con tal deseo os bendigo de corazón
